

# Historia de mis raíces: Mariano Sánchez y Eleuteria González, alfareros de la vida

Mariana Rivera

Escribir sobre los inmigrantes que llegaron a la Argentina, mi país natal, no se me planteó como una tarea difícil cuando me enteré que se abría la convocatoria del Primer Premio Memoria de la Emigración Castellana y Leonesa. Soy Licenciada en Comunicación Social y trabajo desde hace más de 12 años como periodista en un medio de comunicación de Santa Fe, mi ciudad, compartiendo (desde los últimos 6 años) con los lectores historias sobre aquellas familias que dejaron su tierra natal para poner todas sus esperanzas en un nuevo horizonte: la patria argentina.

Ese contacto permanente con los relatos de los propios emigrantes o sus descendientes, plagados de anécdotas, en donde se entremezclan alegrías y tristezas, esperanzas y frustraciones, me da cierta libertad o seguridad para escribir sobre el tema. Sin embargo, la propuesta de contar la historia de mis antepasados zamoranos se me presentó como un mayor compromiso, por el respeto y la veneración que se aumentan cuando se trata de mi gente, de mis raíces.

De chica escuché muchas veces aquellos nombres: el abuelo Mariano y la abuela Eleú (o Eleuteria, tal era su nombre), los padres de mi abuela materna, nacidos en Villalpando, Zamora, casi dos décadas antes de que terminara el siglo XIX. Sin lugar a dudas, mi madre sugirió el nombre de su abuelo cuando pensó en el que le iría a dar a su tercer hijo, que finalmente fue otra (la tercera) mujer, yo.

Hace un tiempo me enteré en mi trabajo sobre esta convocatoria para contar historias de emigrantes zamoranos. Nunca pensé que mi profesión me daría la posibilidad de indagar más profundamente en los recuerdos familiares (a partir del relato de mi mamá, Indiana Candiotti Sánchez, y alguna escasa documentación que ella conserva) para poder emprender este trabajo, que



La familia Sánchez-González completa: parados, desde la izquierda: Aristides, Arcadio, Herminia, Beatriz, Sinesio y Alcivar. Sentados: Eleuteria, Sigérico, Virginia y Mariano.

permitirá aportar algún dato a aquellos historiadores y analistas sociales de la provincia de Zamora, que tratan de reconstruir la historia de su pueblo, luego de la emigración que sufriera desde el siglo XVIII hasta los años 80 del siglo XX.

Se trata de la historia de vida de una familia zamorana, la que formaron Mariano Sánchez Redondo y Eleuteria González Zamora, junto a sus dos primeros hijos, quienes a principios del siglo XX resolvieron partir a la Argentina, incentivados por otros coterráneos que ya habían emprendido aquella aventura. Dejar Villalpando fue una valiente decisión que tomaron mis bisabuelos, dejando atrás a sus respectivas familias, que nunca terminaron de entender aquella noticia de desarraigo de sus hijos que un día escucharon, que quedó retumbando en sus confundidos corazones y en las solitarias calles empedradas del pueblo. Si esta iniciativa pretende mostrar el fenómeno migratorio de Zamora, región tradicionalmente exportadora de mano de obra, esta historia de dos hijos de esa tierra española va a colaborar aportando información que surge de la memoria de sus descendientes, mostrando el profundo sentimiento que ellos dejaron a las generaciones siguientes (nosotros,

sus descendientes) sobre el terruño que los vio nacer y crecer, que un día los despidió, y que ellos nunca pudieron olvidar ni volver a ver.

Lamentablemente mi familia ya no conserva aquellas cartas a través de las cuales mis bisabuelos, y luego sus hijos, pudieron seguir en contacto con quienes habían quedado en el pueblo. En donde contaban sus logros y derrotas, sus alegrías y decepciones, todos aquellos sentimientos y las noticias que iban surgiendo en aquel nuevo destino que la vida les ofreció. Supimos de ellos por aquellas cartas que recibía mi abuela. Esa correspondencia era un motivo más de reunión de nuestra familia, para compartir las novedades que llegaban desde España, “de las primas”, como decía mi abuela Vige (como le decíamos cariñosamente, o Vigenia, como era su nombre). De la misma manera, su carta de respuesta con nuestras novedades no demoraba en partir rumbo al Viejo Continente, manteniendo el noble compromiso de aquella ida y vuelta de correos postales.

Tras el fallecimiento de mi abuela, mi mamá continuó aquel intercambio epistolar con Rafael Fernández Boyano, un madrileño ubicado en la misma línea de descendencia que ella. Ambos son nietos de dos hermanos, Mariano y “Ela” Sánchez. Esas primeras cartas y las sucesivas sí permitieron seguir ordenando esta historia de los bisabuelos zamoranos y consiguieron finalmente que, este año, mi madre pudiera conocer Villalpando, la tierra donde habían nacido sus abuelos, junto a Rafael y sus respectivos esposos.



La abuela Eleú disfrutando de sus bisnietas: Mariana (la pequeña), Gabriela y Mari Andrea.

## UN PUEBLO COMPARTIDO

Según los datos recabados en los registros de la parroquia de la Inmaculada de Villalpando, Mariano Sánchez Redondo había nacido el 31 de diciembre de 1880 en Villalpando, del matrimonio que formaban Esteban Sánchez (oriundo de Valderas) y Petra Redondo (de Villalpando). Fue bautizado el 6 de enero de 1881 en la iglesia San Lorenzo de Villalpando. Sus abuelos paternos eran Juan Sánchez y Dionisia Pastor, ambos oriundos de Valderas, y los maternos Juan Redondo (de Villalpando) y Tomasa Fernández (de Villafáfila). La esposa de Mariano era Eleuteria González Zamora, nacida el 20 de febrero de 1879 en Calle Nueva, Villalpando. Fue bautizada en la Iglesia San Andrés de Villalpando el 23 de febrero de 1879. Sus padres eran Aldón González (aunque en otro documento figura con el nombre de Ramón, de ocupación jornalero) y Nicasia Zamora. Sus abuelos paternos eran Ignacio González (labrador) y Josefa Barrero y, los maternos, Lucas Zamora y Ángela Frutos, los cuatro naturales de Villalpando. Mariano y Eleuteria se casaron el 13 de febrero de 1904 en la iglesia de Santa María de la Asunción. Las noticias de prosperidad y trabajo que llegaban desde el otro lado del Océano Atlántico no faltaron, por entonces, en el pueblo que los vio nacer y formar su familia y despertaron el interés de muchos, incluso de varios países del mundo. En este caso Eleú fue la que más entusiasmo le puso a la idea, a pesar de que ya tenía dos hijos, y convenció a su esposo de partir para América.



En Villalpando, mi madre pudo ver la casa de la que habían salido sus abuelos zamoranos, con sus hijos y un hermano de él, que quedaba cerca de una de las puertas del pueblo.

“Primero vino a la Argentina el abuelo Mariano con la abuela Eleú, su esposa, y su hermano Francisco Sánchez, quien viajó con Felipe, su hijo mayor. Los abuelos vinieron con dos hijos: Beatriz y Sinesio, cuando ella tenía 3 años y él 9 meses, alrededor de 1907. Al tiempo vino la esposa de Francisco, la tía Bernarda Herrero, con algunos de los hijos que ya habían nacido en España”, empezó contando mi mamá. “Los Sánchez eran una familia muy humilde, en cambio los González siempre fueron de buen pasar”, según me contó Rafael durante mi visita a Villalpando. Supongo que habrían sido campesinos. A pesar de tener buen pasar ella tenía espíritu aventurero y buscó el bienestar de su familia. En eso mamá le heredó mucho, de su actitud emprendedora y de no achicarse ante nada en la vida. Era una flor depatriada (*sic*) lo que iban a hacer, con dos hijos auestas, opinó. Y continuó su relato: “La abuela Eleú siempre criticaba a la tía Bernarda porque decía que había llegado de España a mesa puesta. “Pues sí que te fue fácil a tí”, le reprochaba. Ella se había negado a venir a la deriva. Bernarda no parecía española porque era de tez blanca como la leche y con ojos azules”, advirtió. “A mesa puesta” sería después una de las tantas frases que quedarían de Eleú grabadas en mi familia, un legado más de sus dichos españoles.

## AVENTUREROS Y SOÑADORES

Palmira –nieta de una de las hermanas de la abuela Eleú, Águeda– nos acompañó en Villalpando a recorrer el pueblo y me indicó cuál era la casa de la que habían salido mis abuelos, con sus hijos y su hermano Francisco. Quedaba cerca de una de las puertas del pueblo. Me contó que habían quedado ambas familias llorando la partida de esos ‘locos’, para esa época, que partían a la nada, a la Argentina. Me imagino lo que debió haber sido llegar a General Pico, en La Pampa, porque si era como es hoy en día, en pleno siglo XXI, me imagino lo que habría sido en pleno inicio del siglo pasado: sólo algunos ranchos en medio de La Pampa, precisó mi madre. Los tomaron como aventureros –continuó– porque en su caso no escaparon de la Guerra, como otros emigrantes, sino que dejaron su tierra para probar suerte y hacer “L’América” (*sic*), como decían los italianos, que muchos tenían por meta. En esos tiempos se hablaría bastante, dentro de las pocas o muchas comunicaciones que había, sobre la gente que venía y encontraba un buen vivir.

En Villalpando mi madre pudo ver la casa de la que habían salido sus abuelos zamoranos, con sus hijos y un hermano de él, que quedaba cerca de una de las puertas del pueblo. Un dato que le llamó la atención fue que la propuesta de venir a la Argentina la tuvo la abuela Eleú, según pudo saber durante su viaje a España por María Eugenia Prieto, una amiga íntima de



**En 1982, mi abuela Vige (a la derecha, de vestido) visitó por segunda vez a su familia española en el pueblo de su madre, Villalpuendo, junto a su hermana mayor, Beatriz (a su lado, arriba), nacida allí.**



**Rafael Fernández Boyano conserva la última carta escrita por mi abuela (que mi madre pudo relcer, emocionada), en la que le daba el pésame por el fallecimiento de su madre.**



aquella. “Me contó que la que había tomado la iniciativa de venir a América había sido mi abuela, no el abuelo. No sé por qué eligieron Argentina, supongo que quizás fue porque alguien había venido antes, porque la abuela siempre hablaba de los paisanos, como llamaban a todos los de la misma nacionalidad, que habían llegado hasta estas tierras. Debieron haber tenido referencias de algunas personas porque en Rosario también se había encontrado con españoles, por ejemplo, los de apellido Pera de Jordi, que luego también se radicaron en Santa Fe”. Mi madre también advirtió que: “aquel viaje les iría a aportar una cuota de aventura porque por más que tenían referencias del lugar a través de otros paisanos, eran sólo dichos. Ellos vinieron en el período de mayor oleada inmigratoria, que comenzó a fines del siglo XIX y principios del XX. Supongo que factores económicos los habrían convencido para venir porque no había guerras por entonces<sup>1</sup>. María Eugenia, esa amiga de la abuela Eleú, decía que el Negro (como le decía cariñosamente a Mariano Sánchez) la siguió a la Argentina porque la quería con locura”.

<sup>1</sup> En esa época, fines del siglo XIX y principios del XX, se suceden importantes crisis agrarias. Entre ellas destacó la filoxera, sobre los viñedos. Éstas expulsaron a cientos de miles de campesinos del interior de España (N.E.).



La llegada a Villalpando es un recuerdo que mi madre nunca olvidará, ya que pudo viajar con mi padre y acompañada por sus familiares madrileños.

## ARGENTINA, VARIOS DESTINOS

Mi mamá continuó rememorando aquellos datos que sabe de sus abuelos, algunos contados por Eleú y otros por su madre. Desconoce de qué puerto partieron para América sus abuelos y supone que –como ocurría en esa época con el resto de los inmigrantes– llegaron al puerto de Buenos Aires. En este sentido relató que “he leído de otros inmigrantes que llegaron a la Argentina que se congregaban en Génova para partir de ese puerto italiano, incluso los que vivían en los países cercanos, pero no sé de dónde salían los españoles, quizás fue el puerto de Cádiz”<sup>2</sup>. “Llegaron en barco y cuando arribaron al puerto de Buenos Aires, la abuela contaba que primero habían ido a General Pico, en la provincia de La Pampa, y después se habían afincado en Rosario, provincia de Santa Fe. El abuelo tenía como oficio la alfarería pero no sé si cuando recién se afincó en esos dos lugares trabajaría de esto o de otra cosa. Cuando estuvieron en Rosario nació el tercer hijo, Arcadio”, explicó. Mariano y Eleuteria finalmente se establecieron en la ciudad de Santa Fe, en la provincia del mismo nombre, adonde fueron naciendo los otros cinco hijos de la familia: Alcívar, Herminia, Arístides, Vigenia y Sigérico. “Entre mamá y la tía Beatriz había 16 años de diferencia. Por eso, la pariente que encontré en España por parte de la abuela, Palmira, es hija de una prima de mamá, aunque tenía casi la misma edad de mamá”, advirtió.

<sup>2</sup> Por si la situación geográfica de Villalpando, en el noroeste español, el puerto con mayores remesas de emigrantes de esa zona era Vigo (N.E.).

En Santa Fe, Mariano construyó una fábrica de alfarería para trabajar junto a su hermano, en lo que hoy es la avenida Juan José Paso, entre Urquiza y Francia, en la parte sur de la ciudad, donde actualmente hay un terreno baldío. “Ahí vivieron durante algunos años porque cuando papá la conoció a mamá me decían que vivían en Juan José Paso, donde estaba la fábrica. Después vivieron a unas pocas cuadras, en Amenábar y Francia, en la casa de la esquina noroeste, al lado de donde vivían Alfonsa y Felisa, unas primas de mamá, dos de las hijas de Francisco”, recordó.

Los años pasaron y los hermanos Sánchez continuaron compartiendo en familia lindos momentos juntos. La foto (tomada en 1992) muestra a Sigérico con sus hermanas Herminia (parada), Virginia, Beatriz y Alcívar (sentadas). Mi madre relató que la abuela Eleú no trabajó, sino que siempre se dedicó a la casa, a las tareas domésticas, además porque tenía bastante trabajo con ocho hijos. Se quedó viuda siendo muy joven, con los hijos chicos, en 1935, cuando tenía 56 años y mamá estaba por festejar sus 15 años. El abuelo se murió de cáncer, como la mayoría de sus hijos varones. Las mujeres fueron las más longevas, menos mamá quien murió joven, pero lo era para lo longevos que eran los miembros de la familia”. “Por problemas con un mal socio –continuó–, el abuelo Mariano perdió la fábrica de alfarería y tanto él como su hermano quedaron en la ruina. Al poco tiempo él se murió. Ninguno de los cuatro hijos varones hizo algo para poder rescatar esta empresa, aunque desconozco si ya estaba todo perdido. Ninguno de ellos había trabajado en la



**La magia del lugar y el destino reunían virtualmente a mi abuela (foto) y a mi madre: simplemente por el hecho de haberse fotografiado en los mismos sitios del pueblo.**

fábrica. La primera de las hijas que salió a trabajar fue mamá, para sostener la familia, porque la tía Beatriz ya estaba casada, al igual que el resto de los tíos más grandes. La tía Alci se había casado joven y los que estaban en la casa eran mamá y los tíos Herminia y Sigérico, los más chicos”.

Tiempo después, la familia –ya sin el abuelo Mariano– debió mudarse de la casa de Francia y Amenábar a otra ubicada en San Lorenzo, entre Uruguay y Entre Ríos, “que es donde actualmente vive Tito, mi primo, hijo de Sinesio. Esa casa era de él y quizás cuando perdieron todo se fueron a vivir allí por ese motivo. Sinesio no vivía ahí sino que tenía otra casa, en Uruguay, entre Urquiza y 4 de Enero, al lado de donde vivía Julián, uno de los sobrinos de Mariano”, precisó mi madre.

Con respecto a Francisco Sánchez, hermano de mi bisabuelo, cabe agregar que con su esposa Bernarda Herrero tuvieron cinco hijos: Felipe, Primitiva, Julián, Felisa y Alfonso (única hija argentina). Primitiva se casó y no tuvo hijos, y su marido, cuando enviudó, se casó con Felisa, su cuñada, quien tampoco pudo dejar descendencia. Su hermana Alfonso era soltera y tampoco tuvo hijos. Julián tuvo tres hijos (Horacio, Francisco y Guadalupe) y Felipe tuvo una hija (Nilda).

## PRIMEROS CONTACTOS

“El contacto con la familia de España no era muy frecuente, dada la época en que vivían. Se concretaba a través de cartas, pero después que se vinieron a la Argentina ocurrieron las dos Guerras Mundiales y la Guerra Civil Española. Ahí prácticamente se perdieron los hombres de la familia y el contacto lo mantuvo la abuela Eleú con sus hermanas, quien –como nunca pudo volver a su pueblo– se enteró por correspondencia de la muerte de sus padres y hermanos, que eran muchos”, relató.

También explicó que “me contaron en el viaje que durante esos años de guerras nacieron muchos chicos discapacitados, por falta o mala atención de la salud de sus mamás durante el embarazo o los partos. Por ejemplo, un hermano de Rafael era discapacitado (tenía problemas neurológicos) y había nacido al principio de la Segunda Guerra Mundial. Conocí a Rosarito, una señora en el geriátrico, que mamá había conocido, que vivía con su hijo discapacitado, lo único de la familia que le quedaba. Desgraciadamente esas poblaciones pequeñas quedaron prácticamente sin hombres cuando fueron a la Guerra y, posteriormente, muchas tenían hijos discapacitados, es decir, pocos los que podían ayudar y colaborar con sus familias”.

La que recibía las cartas de España en Santa Fe era la tía Beatriz –precisó mi madre–, la mayor de las hijas de Eleuteria, y era el motivo por el cual



**Virginia y Beatriz se intercambiaban las cartas que llegaban desde España, que traían noticias de la familia de su madre, Eleuteria.**

toda la familia se reunía a leer la correspondencia o nos pasábamos las cartas para saber cuáles eran las novedades de los parientes de Villalpando, lugar que nadie conocía. A veces mandaban alguna foto, pero era muy raro y difícil para la época. Cuando no estaban en una guerra estaban en otra y por entonces demoraban mucho tiempo las comunicaciones. Posteriormente la gente se asentó, la paz llegó y tuvo tiempo y ganas de poder retomar el contacto con el resto de la familia.

“Decía Rafael –reconoció mi madre– que en el tiempo de la Segunda Guerra Mundial y, sobre todo, durante la posguerra, ellos se acuerdan todo lo que Juan Domingo Perón (quien fuera presidente de nuestro país) les había enviado para que comieran. A él y a sus hermanos los mandaban desde Madrid al pueblo, adonde tenían ganado y aves de corral, y hacían fiambres, para que comieran bien. Contaba que en el verano los mandaban como para ‘engordarlos’ y pasaban las vacaciones en la casa de los abuelos zamoranos”.

Mi madre desconoce cuándo se cortó el intercambio de correspondencia entre las familias, que posteriormente continuó espaciadamente la hija de Beatriz, Beatriz Rinaldi de Santomero, a quien le decimos cariñosamente “Mela”. En este punto, mi mamá recordó que “Conchita (bisnieta de Águeda, hermana de la abuela Eleú) me dijo que le daba mucha alegría el hecho de haberme conocido cuando estuve recientemente en Villalpando y de haber encontrado la familia que estaba del otro lado del Atlántico, porque no había recibido más noticias nuestras. Ella también me contó que ellos se reunían en la casa de su abuela para leer las cartas que llegaban de acá, pero que después



**Villalpando la de los campos dorados, que soles de agosto tuestan.**

esto se había cortado. Me decía que era una lástima que no tuvieran más noticias nuestras porque no llegaban cartas y decía que no encontraba la manera de conectarse con nosotros. El último contacto que habían tenido había sido con Mela, quien por sus quehaceres familiares y luego problemas de salud de su esposo y madre, no pudo mantener la correspondencia”. En 1982 mi abuela Vige (a la derecha, de vestido) visitó por segunda vez a su familia española en el pueblo de su madre, Villalpando, junto a su hermana mayor, Beatriz (a su lado, arriba), nacida allí.

## UN CAMINO MARCADO

Cuando mi abuela Vige pudo visitar el pueblo de Villalpando por primera vez, en 1975, se pudo retomar el contacto con algunos integrantes de la familia González. Poco tiempo antes se había muerto una tía suya, hermana de Eleú, de casi 100 años, pero no le habían querido contar para no entristecerla, según le dijeron luego a mi madre durante su viaje al pueblo. Respecto a aquel viaje, mi madre explicó que “cuando mamá fue al pueblo la llevaron a conocer a los padres de Rafael Fernández Boyano, es decir, parte de la familia Sánchez, que vivían en Madrid”. Allí comenzó la relación con esta otra parte de la familia, que luego continuó a través de cartas entre ellos. “Fue por eso –comentó mi madre– que cuando murieron sus padres, Rafael mandó a avisarle a mamá la

mala noticia porque se conocían y frecuentaban cuando ella viajaba a España, con papá, Julio Candiotti. La última que se murió fue la madre de Rafael, en 1994, y mamá falleció al año siguiente”.

En mayo de 1994 mi abuela tuvo la oportunidad de volver nuevamente a la tierra de su madre, además de visitarla otras veces desde su primera vez. Coincidentemente mi mamá se encontraba viajando por España, pero el destino no quiso darles la oportunidad de compartir la experiencia de recorrer juntas las callecitas de Villalpando. La muerte de sus madres es lo que unió a mi madre con Rafael. “Así fue como nos conocimos –admitió–. Rafael mandaba avisar a mamá que se había muerto su madre y la carta llegó cuando mamá ya estaba en cama, enferma. Ella le mandó una carta (hay una foto mía leyendo aquella carta, que Rafael conserva actualmente), fechada el 10 de marzo, y mamá murió el 5 de abril de 1995. Le mandaba el pésame por su madre y cuando él respondió, mamá ya se había muerto. Papá me dio la carta de ese Rafael que yo no sabía bien quién era, sólo que era pariente pero desconocía de qué parte de la familia”, relató.

Rafael Fernández Boyano conserva la última carta escrita por mi abuela (que mi madre pudo releer, emocionada), en la que le daba el pésame por el fallecimiento de su madre. Y continuó: “Le escribí diciendo que no sabía quién era, que sabía que era familia pero ignoraba cómo era la relación de parentesco. Le mandé nuestro árbol genealógico de los dos hermanos Sánchez que habían veni-



**Las salientes de los añosos edificios de Villalpando con sus nidos de golondrinas también fueron fotografiadas por mi madre, 30 años después del viaje de mi abuela.**



Los años pasaron y los hermanos Sánchez continuaron compartiendo en familia lindos momentos juntos. La foto (tomada en 1992) muestra a Sigirico con sus hermanas Hermilia (parada), Virginia, Beatriz y Aklivar (sentados).

do a la Argentina. Él me contó mandando el mismo árbol, pero con la parte completa que le correspondía, explicando dónde se enlazaba él. Vimos que éramos nietos de dos hermanos”.

Con mucha gratificación, mi madre aseguró que “así empezamos a relacionarnos, al principio a través de e-mails, cuando él traba-

jaba, y después, cuando se jubiló ya no hubo tanto contacto de esa manera. Por eso, nos escribíamos y mandábamos tarjetas para las fiestas de fin de año y después empecé a hablarle por teléfono. Cuando estuvimos juntos “Rafael me dijo que la primera vez que había hablado, hace unos años, para la Noche Vieja (como le dicen en España a la Nochebuena nuestra)<sup>3</sup> le había causado una emoción muy grande, motivo por el cual después tomé por costumbre hacerlo en esa fecha. Calculo el horario en que ellos estén a punto de pasar la medianoche y los llamo”. La llegada a Villalpando es un recuerdo que mi madre nunca olvidará, ya que pudo viajar con mi padre y acompañada por sus familiares madrileños.

## EL SUEÑO PENDIENTE

El destino quiso que mi madre pudiera encontrarse este año con sus raíces zamoranas, de las que nosotros –como expliqué– sabíamos por la correspondencia que mi abuela materna mantenía con sus primos y tíos oriundos de aquel pueblo y por haber conocido a algunos de ellos en varios de sus viajes

<sup>3</sup> En Europa la Nochebuena es el 24 de diciembre y la Nochevieja, último día del año, 31 de diciembre (N.E.).

realizados a España. Sentí una gran emoción cuando buscando fotos para ilustrar este trabajo, para sumar a las que mi madre había tomado en Villalpando en agosto de este año, encontré algunas idénticas a las de mi abuela, con algo más de 30 años de diferencia. Ambas se habían fotografiado en los mismos lugares característicos del pueblo: una de las puertas de ingreso, la calle o el frente de la casa de donde habían partido sus antepasados, o la cúpula de las iglesias donde las golondrinas instalaban sus nidos, como si algo mágico las llevara por los mismos lugares o quizás atraídas por las mismas maravillas que les ofrecía aquella, la tierra de sus antepasados. La magia del lugar y el destino reunían virtualmente a mi abuela (foto) y a mi madre, simplemente por el hecho de haberse fotografiado en los mismos sitios del pueblo.

En un viaje anterior a España, mi madre conoció personalmente a Rafael Fernández Boyano pero sólo fugazmente, en el aeropuerto madrileño, unas horas antes de tomar su vuelo de regreso a la Argentina. “Le dije que tenía un sueño pendiente –recordó–, conocer el pueblo de mis abuelos, y me preguntaba por qué, si era un pueblo muy pequeño, que no progresa, que no entendía por qué me llamaba tanto la atención. Le dije que para mí tenía otra significación (*sic*) y no importaba lo grande que fuera. Quería ir porque de ahí habían salido mis ancestros. Me dijo que la próxima vez que pudiera ir a Europa le tenía que avisar con tiempo para organizar e ir juntos”.

En agosto de este año aquel sueño se pudo concretar. Mi madre y Rafael combinaron para reunirse en Madrid y, de allí, partir para el pueblo que los unía. El viaje hasta Villalpando lo realizaron en auto, junto a Rafael y su esposa, Soledad. Durante todo el recorrido los anfitriones pasaron a ser “experimentados” guías de turismo y dieron un valor agregado a aquel paseo soñado. Comentaban a los visitantes ciertas curiosidades de aquella gran ciudad, sus avenidas y salidas, el lugar donde vivían los reyes de España y el príncipe Felipe, o indicaban antiguos castillos donde habían muerto reyes de otras épocas. No faltó la referencia de Medina del Campo y otras poblaciones pequeñas, la mayoría amuralladas, que formaban parte de aquel pintoresco paisaje. Frente al Ayuntamiento de Villalpando mi madre se fotografió con Rafael Fernández Boyano y su esposa, Soledad, quienes la llevaron al pueblo que los une por compartir los orígenes.

## EN TIERRAS DE DON QUIJOTE

Mi madre tiene grabadas en su memoria aquellas campiñas bañadas de otoño, teñidas de amarillo, luego de las cosechas de trigo. “Cuando íbamos llegando me empezó a impactar el paisaje castellano, que es hermoso con sus lomadas y cuchillas, bien como imagináramos al leer el libro El Hidalgo

Don Quijote de la Mancha, en donde sólo faltaban Sancho Panza y el Quijote. Como en España estaba avanzado el verano había sido tiempo de cosechas del trigo, entonces lo que quedaba de las espigas mostraba a los campos como dorados. A pesar de que cada tanto se veía algún campo verde, la mayoría era dorado en todo el camino hasta llegar a Villalpando. Además, mirando el horizonte se podía ver muy lejos”.

En horas del mediodía llegaron a Villalpando, luego de haber almorzado en un restaurante de la ruta, “que estaba en lo alto y de ahí ya se divisaba todo el pueblo, que es muy pequeñito. El color era acorde a todo el paisaje, como de tierra seca, aunque estaba amarillo porque los campos estaban recién cosechados”, remarcó.

### **VILLALPANDO LA DE LOS CAMPOS DORADOS, QUE SOLES DE AGOSTO TUESTAN**

Una vez instalados en el alojamiento, mis padres salieron a recorrer el pueblo. Rafael había ido a visitar a una tía por parte de madre que residía en



Satisfecha con su viaje al pueblo de sus ancestros, mi madre descansó un momento en una de las plazas de Villalpando.

un geriátrico, quien se había encargado de avisarle de esta visita foránea a unos familiares de mi madre por parte de los González (apellido de mi bisabuela materna). Se trataba de Palmira, quien actualmente tiene 86 años. “Me acordaba algunos nombres de la gente del pueblo y, entre ellos, el de Palmira, que mamá solía nombrar. A la tarde fuimos a visitarla a su casa, una construcción muy moderna, de dos pisos, diferente a las del pueblo. Fuimos recibidos en un hermoso patio donde estaban dos de sus tres hijos: Conchita y Juanita, sólo faltaba Jesús. Conchita no vive en Villalpando, sino que sólo estaba de visita, así que fue por casualidad que la conocí, pero su hermana vive en la misma casa, con su mamá”, explicó mi madre.

Destacó que “se mostraron muy afectuosos y cariñosos pese a que no nos conocíamos. Esto lo pude sentir en el abrazo y el beso que me dieron cuando nos encontramos por primera vez. Ellos demostraron todo el cariño de familia que tenían y estaban muy contentos de haber retomado el contacto con alguien de Argentina, que habían perdido. En algún tiempo, cuando vivían la madre y la abuela de Palmira, estaban casi permanentemente comunicados, de acuerdo a las posibilidades de esas épocas, ya que había veces que las cartas llegaban una o dos veces por año y otras, más seguido”. Palmira le contó cómo, en la casa de su abuela, se reunían a leer las cartas que mandaban desde la Argentina. Mi madre le contó que la que las recibía en Santa Fe era la hermana mayor de su madre, Beatriz, que era quien las contestaba o en ocasiones lo hacía su hija. Esta última las llevaba casa por casa de la familia, o se organizaban para pasarlas a buscar para leerlas y tener noticias sobre los parientes de España. Mi madre lamentó que se hubieran perdido esas cartas “porque contaban la historia de lo que iba sucediendo en el pueblo y, a través de ellas, la abuela se fue enterando de las pérdidas familiares, los nacimientos, los casamientos. Nosotros, a su vez, también íbamos contando nuestras novedades. Hay una anécdota de cuando me casé: la tía Beatriz les había escrito que la hija de Vigenia se había casado con un contador y ellos interpretaron un cantaor. Entonces, proponían que si algún día iba de gira a España que pasara a visitarlos y preguntaban si era un cantaor de tangos o de qué melodías. Ahí nos dimos cuenta que habían entendido mal la letra”.

## CÁLIDO RECIBIMIENTO

Durante la visita de mis padres a Villalpando no faltaron muestras de cordialidad y generosidad por parte de los anfitriones. “Nos dieron muchas atenciones –aseguró mi madre–: como no sabían qué regalarme o darme como recuerdo, Conchita buscó un libro con la historia del pueblo (titulado ‘Historia de la Villa de Villalpando’, de Luis Calvo Lozano), que me regaló

con una linda dedicatoria: “Con todo mi cariño, para Indiana y su familia, para que conozcan bien la historia de sus antepasados. Conchita”. También me regaló varias estampitas de la Virgen de la Inmaculada, que es la que está en la Iglesia principal del pueblo. Esa estampa recordaba el voto de la Villa de Villalpando y su tierra a la Inmaculada en 1466, de defender el misterio de que la Virgen María fuera concebida sin pecado original”. La estampa reza: “Te pedimos, Madre, que los 13 pueblos del Voto sigan manteniendo el tesoro de la fe, que los valores del Reino arraiguen entre nosotros y que nuestra convivencia sea pacífica y cordial. Bendice, Madre, a esos 13 pueblos que se reunieron en San Nicolás y haz que el amor a ti que nuestros antepasados nos legaron sea cada día más vivo y real entre nosotros”. Los trece pueblos de la comarca que hicieron el voto fueron: Cañizo, Cerecinos de Campos, Cotanes del Monte, Prado, Quintanilla del Monte, Quintanilla del Olmo, San Martín de Valderaduey, Tapioles, Villalpando, Villamayor de Campos, Villanueva del Campo, Villar de Fallaves y Villárdiga. Todos estos pueblos pertenecían al señorío de los condestables de Castilla. El Voto Inmaculista fue refrendado en 1498, 1527, 1904, 1940, 1954 y 1967”.

Luego de aquella emotiva reunión decidieron realizar una recorrida (*sic*) por las calles del pueblo, “en una hermosa tardecita y noche de verano, que se prestaba para la caminata, durante la cual Rafael me iba diciendo cuáles eran las casas donde habían vivido nuestros familiares”, recordó mi madre. Conocieron la estación terminal de ómnibus de Villalpando, el Ayuntamiento y una de las plazas, donde tomaron un refresco en las mesitas que se colocan en el centro. Las salientes de los añosos edificios de Villalpando con sus nidos de golondrinas también fueron fotografiadas por mi madre, 30 años después del viaje de mi abuela. Algunos días antes –según mencionó Rafael– habían quitado el vallado que había sido colocado para las Fiestas Patronales de San Roque, que se habían festejado entre el 22 de julio y el 30 de agosto. Mi madre agregó que “es una fiesta muy importante en donde se sueltan los toros (los llaman suelta de reses o encierro tradicional) por las calles del pueblo, que luego son encerrados. Rafael también nos mostró la casa donde se guardaban los toros y el circuito que hacían. Los más jóvenes y arriesgados pasan las vallas y corren delante de los animales. Junto con la Semana Santa y la Inmaculada son las fiestas más importantes que celebran”.

Sobre el Ayuntamiento, Rafael Fernández Boyano les contó cómo había sido antes, al mostrarles la parte antigua que conserva, que incluye algunos frescos y pinturas del viejo edificio, que se mezcla con otra moderna. Al día siguiente la recorrida (*sic*) incluyó la visita a algunas de las iglesias del pueblo, como la de San Nicolás y la de Santa María de la Asunción. Durante la recorrida (*sic*), Soledad les mostró una antigua tienda del pueblo, una especie de comercio que vende de todo, desde camisas hasta baldes, azafrán y otros

productos. Mi madre la describió diciendo que “el piso era de maderas largas, sin lustre, y tenía una bajada desde el ingreso. Ahí tenía un enrejado y Sale me contó que se usaba para sacudir los pies en épocas invernales, para dejar ahí la nieve. Era la tienda más vieja del pueblo y Sale creía que mis abuelos pudieron haber comprado ahí. Estaba casi intacta, como del siglo pasado”.

Al finalizar el día Rafael advirtió a los visitantes que iban a escuchar “la queda”, es decir, la última campanada de las iglesias, por las noches. Esto trajo a la memoria de mi madre “cuando la abuela me decía que cuando la tocaban ya estaban todos dentro de sus casas. Era una forma de organizar el pueblo, para que no estuvieran en la calle”. Mi madre destacó que “todos los del pueblo se acordaban de mamá y papá, incluso Rafael. La que más los recordaba era Palmira, incluso del primer viaje que había hecho, en 1975, con una hermana de papá. Mamá viajó al pueblo con Beatriz, su hermana española, para el Mundial de Fútbol de 1982. La dejaron en el pueblo luego de visitar a los parientes y ellos se fueron a la zona de las playas. Los familiares se la “disputaban” e iba de una casa a otra para ser agasajada por su visita. Era la única española que había vuelto a su pueblo natal. Su hija está muy agradecida por haberla llevado en esa oportunidad. No se acordaba del pueblo porque lo dejó teniendo 3 años, pero había dado sus primeros pasos ahí y allí vivió durante su infancia”. Virginia y Beatriz se intercambiaban las cartas que llegaban desde España, que traían noticias de la familia de su madre, Eleuteria.

## DE PRIMERA MANO

Las charlas con su abuela sobre Villalpando y su España natal son lindos recuerdos que guarda mi madre, cuando era niña y adolescente. “La abuela Eleú nos contaba que había cuatro puertas en el pueblo, cada una mirando a



un punto cardinal, de las que sólo quedan dos, actualmente la de San Andrés y Santiago. Creo que es en esta última donde mamá está en la foto que se sacó, detrás de la cual estaba la casa de donde habían partido los abuelos. Ambas familias habían quedado llorando, viéndolos partir cuando salían de aquel pueblo amurallado, que tenía esos ingresos para que entraran los carruajes, además de miradores en las torres”, mencionó. También relató que “a la abuela le gustaba contarme las historias del rey Alfonso XII, que reinaba cuando ella vino a la Argentina. Entonaba unos cantares, como ella decía, que hablaba de las historias del Rey; por qué se había enamorado de una mujer y no se había casado con ella. Eran cantares populares que hablaban de las historias de palacio, serían de la época. ‘Dónde vas Alfonso XII, dónde vas triste de ti. Voy en busca de Mercedes que ayer tarde no la vi. Qué Mercedes, si ya está muerta, y es por eso que no la vi, empezaba aquel canto, que acompañaba castañeteando los dedos como si fueran unas verdaderas castañuelas. Pero no lo hacía –recordó– frotando los pulgares con los índices sino, con los anulares y meñiques. No sé cómo lo hacía, pero parecían castañuelas”. Y agregó: “La abuela Eleú tenía unas castañuelas con las que jugaba siendo niña, pero no sé dónde quedaron, además del mantón de Manila que había traído de España. Nosotros lo usábamos para jugar. Nos encantaba ir al baúl de madera que habían traído de España, que era como un cofre con una tapa y ahí siempre encontrábamos algo con qué jugar, de las cosas que le iban quedando, de lo poco que habían traído a la Argentina”.

Mi madre también recuerda que su abuela le hablaba de Zamora y de Valladolid como las grandes ciudades de esa época y que, cuando le preguntaba si le hubiera gustado volver a su pueblo y su tierra, ella decía que si Dios se lo permitía iba a volver, pero no para quedarse sino para recorrer y visitar a los que habían quedado. Decía que ella prefería morir en Argentina porque había sido el país en donde terminó de formar y organizar su familia, junto a su marido Mariano, donde nacieron seis de sus ocho hijos. “La abuela murió en 1974 e iba a cumplir 95 años. Ella siempre decía que el Negro, como le decía al abuelo Mariano, había sido su amor y siempre le había llamado la atención aquel hombre”.

## UNA RICA EXPERIENCIA

A modo de conclusión de su relato, mi madre dijo estar satisfecha por aquel viaje esperado y su anhelado sueño cumplido: “Fue una experiencia hermosísima porque fue lo que había soñado tanto tiempo: ir al pueblo de la abuela, recorrer esas calles sabiendo que ellos habían estado allí. A la noche iba caminando y pensaba que ellos habían estado tejiendo ilusiones antes de

salir para América. Trajeron más ilusiones que equipaje porque me imagino que habrán venido con ese arcón o baúl como toda pertenencia. Fue algo valiente venirse desde tan lejos y dejar toda la familia. Muchos pudieron regresar, pero también tenían que pensar que podía ser un viaje definitivo. De las cosas lindas y feas de la familia se enteraban seis meses o un año después”. También reconoció que “me hubiese gustado muchísimo haber hecho ese viaje con mamá, sobre todo porque ella había estado ahí. Pero por algo no se habrán dado las cosas ese año. Siempre quedé con la ilusión de ir a conocer porque desde chica escuchaba del Villalpando que ellos nombraban. Cuando fui creciendo y dimensionando a la distancia que estábamos de aquel pueblo y en la época que se habían venido mis abuelos, me daba cuenta que tomar una decisión así en esos tiempos fue valiente. Dejaban padres, madres y hermanos. Debe haber sido difícil saber a la distancia de las guerras, en las que se quedaron prácticamente sin hombres en el pueblo. Quizás por eso se quedaron como detenidos en el tiempo y no han progresado, ya que quedaban mujeres solas”, insistió en advertir. Satisfecha con su viaje al pueblo de sus ancestros, mi madre descansó un momento en una de las plazas de Villalpando.

## CORRESPONDENCIA DEL TIEMPO

La memoria es un soporte de nuestra identidad que sirve para organizar el pasado y relacionarlo con el presente y el futuro. Pasa de generación en generación y, sin esa transmisión, ésta no tendría sentido pues no habría vínculo social ni una comunidad que incentive su práctica. En esta historia, la memoria de varios de los integrantes de la familia de origen zamorana formada por Mariano Sánchez Redondo y Eleuteria González Zamora sirvió como referencia para ir hilvanando las diferentes partes de su trama. Además, se destaca que la correspondencia (que por desgracia no fue conservada) sirvió de nexo para las familias asentadas a ambos lados del Océano Atlántico, única manera en ciertas épocas de poder estar comunicadas, conocer las buenas y malas noticias, saber de los otros a pesar de la distancia. Aquellas cartas mostraban la frescura, magia y sentimientos de las personas que se escribían pero también reflejaban sus aflicciones, miedos y decepciones. Fueron el motivo de reunión familiar para conocer las novedades de los otros, estar pendientes de sus alegrías, pero también de sus cuitas. Era una comunicación que se iba dando en el tiempo, una forma totalmente diferente a lo que ocurre actualmente en la era de las comunicaciones, con Internet, el chat y los e-mails que tanto las facilitan.

Considero que esta oportunidad que me dio la vida de poder relatar lo ocurrido a mis raíces fue inigualable, ya que pude aprender varias cuestiones:

valorar y destacar el ejemplo de valentía y determinación que me dejaron mis bisabuelos, al haber emprendido aquella “aventura” hacia América; advertir y reconocer el respeto y la afinidad que tenía mi abuela por sus orígenes, motivo por el cual tuvo la posibilidad de viajar al pueblo natal de su madre y mantener el contacto epistolar; y renovar mis esperanzas ante el ejemplo de mi madre de que los sueños pueden hacerse realidad y para eso sólo es necesario proponérselo y ser perseverantes en nuestras convicciones.

Me anteceden tres generaciones de mujeres emprendedoras, perseverantes, madres cariñosas y defensoras de sus familias, y espero que la vida me esté moldeando para poder ser semejante a ellas, para poder recolectar los frutos de lo que sembraron con paciencia, como afortunadamente la vida les ofrendó.

Villalpando la que tiene dos conventos  
de monjas y cinco iglesias,  
iglesias tan antiguas  
como el siglo XII viejas.  
En una su gran campana  
conocida por “La Queda”  
tres veces al día toca,  
con sin igual elocuencia,  
despertando a los labriegos  
que allá duermen en las eras.  
Al descansar de las duras  
y trabajosas faenas,  
en que se emplean los hijos de esta tierra parda y seca.  
Villalpando la de los campos dorados  
que soles de agosto tuestan;  
la de las hojas frondosas;  
la de las verdes praderas  
que esmeralda en todo tiempo;  
la de las viñas verdejas  
que tan buen vino elabora  
y en sus bodegas conserva.

(Aclaración: este poema estaba impreso en la etiqueta de una botella de vino de un restaurante de Villalpando y no mencionaba a su autor. Sintetiza muchas de sus particularidades).